

ECOS, MELODÍA, DISONANCIA, RUIDOS Y SILENCIO

Ciudadanos, hombres y mujeres de Las Palmas de Gran Canaria:

Cuando prevalecen la incertidumbre y el desconcierto ante la situación de crisis de la que nos informan los medios de comunicación, cuando nos sentimos indefensos ante acontecimientos que escapan a nuestro entendimiento y a nuestro control, debemos volver nuestra mirada a la conciencia, a las emociones, a las ideas, elementos esenciales para interpretar la realidad.

Asistimos a la mayor oleada de urbanización de la historia de la humanidad y la sociedad avanza hacia un mundo de ciudades de dimensiones globales, gracias a la aniquilación del espacio por el tiempo. Determinados acontecimientos parecen marcar indefectiblemente esta postmodernidad: el papel creciente y decisivo de las tecnologías de la información y la comunicación; una nueva economía desmaterializada y deslocalizada, basada en la globalización del capital y de los servicios; la dispersión de la urbanización; la fragmentación del tejido social y el advenimiento del multiculturalismo; el triunfo de la imagen, del simulacro, de lo virtual...

Todos estos fenómenos, que se reconocen en las grandes ciudades, definen también a Las Palmas de Gran Canaria del siglo XXI. La dimensión global nos conecta con los flujos de capitales multinacionales, de bienes y servicios y de fuerza de trabajo y la local nos remite a su historia, a sus tradiciones, a sus costumbres..., a los diferentes sonidos que orquestan el gran sueño de la utopía urbana.



Figura 1. Perspectiva de la ciudad desde La Isleta (foto de C. J. Moreno Medina)

Ecos de la ciudad preindustrial

A semejanza de otras ciudades europeas, la huella de la ciudad preindustrial pervive en algunos sectores del casco antiguo de Las Palmas de Gran Canaria. Nos referimos a un espacio reducido, de calles estrechas que, durante siglos, se diferenció de su entorno por las murallas defensivas que lo encerraban. En él se levantaba un caserío de viviendas de una o dos plantas y de algunos edificios de mayor envergadura, que eran la expresión del poder civil y eclesiástico. El antiguo espacio residencial de la ciudad se extendía por las explanadas que se situaban a ambos márgenes del curso bajo del barranco de Guiniguada, conectadas con el resto del territorio insular por una red de caminos y por el antiguo muelle de Las

Palmas, punto de comunicación con otros puertos, que contribuyó a su temprana dimensión atlántica.

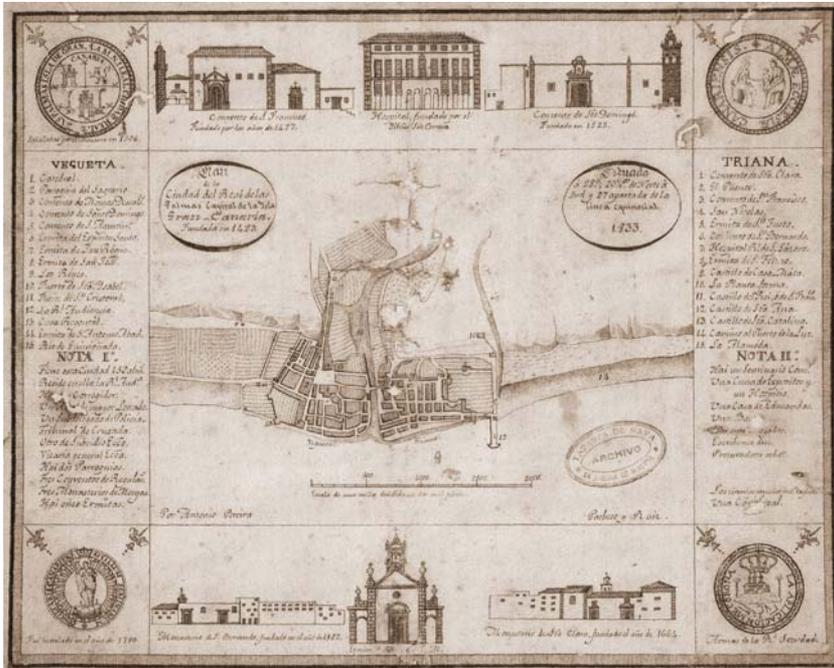


Figura 2. Mapa de la ciudad de 1753. Antonio Pereira Pacheco (fondo cartográfico El Museo Canario)

Todo ello convivía con las huertas de los conventos y los espacios agrícolas destinados a los cultivos de caña de azúcar, de vid, de cereales, de hortalizas... Gran parte de la población trabajaba en el campo, pero la industria artesanal, el intercambio y el comercio daban esplendor a la ciudad, junto a las funciones de tipo religioso y administrativo, que correspondían con su carácter de capital. En este organismo, los grupos de mayor rango social ocupaban las localizaciones centrales, cerca de los

espacios de poder y, aunque viviendas, talleres y mercados se mezclaban entre sí, los trabajadores de distintos oficios tendían a ocupar zonas concretas, como los mercaderes el barrio de Triana o los mareantes el barrio de San Nicolás, o se agrupaban espacialmente por su origen: calle de los genoveses, callejón de los moriscos...



Figura 3. Casa Regental (foto de C. J. Moreno Medina)

¿Qué ecos de esta conformación urbana resuenan aún en nuestros oídos?

El rítmico sonsonete de la azada acondicionando los surcos para el plantío en las huertas, el chasquido del látigo con que se azotaba a los esclavos que cometían ciertas faltas, el pausado golpeteo del martillo encajando las cuadernas de las embarcaciones que construían los carpinteros en la ribera del mar, el tañido de las campanas que llamaban a la oración desde torres y espadañas de iglesias y conventos, la crepitación de la madera de las casas incendiadas durante el saqueo de Van der Doez, el canto polifónico de los actos litúrgicos solemnes de la catedral de Santa Ana...

Melodía de la ciudad moderna

A fines del XIX se inaugura una etapa decisiva en la historia de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. La construcción del Puerto de Refugio de La Luz desencadena una evolución económica, social y política que lleva, de la mano de las empresas extranjeras, a la modernización y expansión urbanas. Se derriban las murallas que encorsetaban su crecimiento y la ciudad se convierte en un enclave estratégico en las rutas de navegación transoceánicas.

La mejora de las infraestructuras y de los ejes de comunicación va ligada a la penetración de nuevas corrientes de pensamiento y de una moderna concepción del arte, a la aparición de organizaciones políticas de clase y a la llegada de los primeros turistas. Se asiste a una transformación sin precedentes en la vida urbana, que se

materializa en la expansión del caserío por la terraza litoral, desde Vegueta hasta Guanarteme y La Isleta,.... Esta fase culmina con el triunfo del modelo de ciudad funcional, con actividades y usos del suelo segregados en el espacio.



Figura 4. Perspectiva de Ciudad Jardín de 1930-1932 (archivo fotográfico FEDAC)

En correspondencia con ello, la estética arquitectónica nos permite reconocer la estratificación social. Por una parte, la ciudad emergente, la del modernismo, la del eclecticismo, la de los sectores de Vegueta y Triana donde se abren nuevas vías, se ocupan los espacios desamortizados y se urbanizan antiguas huertas, un embrión al que se suman los barrios íntimos de chalets de Ciudad Jardín y Tafira Alta.



Figura 5. Gabinete Literario (foto de C. J. Moreno Medina)

Esta ciudad de la opulencia contrasta con la de los barrios residenciales de las nuevas clases medias urbanas, barrios en los que la tipología de la casa terrera alterna con inmuebles de mayor altura en áreas de expansión, en Arenales, en Alcaravaneras, en Santa Catalina..., zonas que, por otra parte, ven proliferar nuevos establecimientos fabriles y depósitos y almacenes de muy diverso tipo.

Pero también se desarrollan espacios de exclusión social, como el de las casetas de madera de La Isleta o el de las cuevas del Provecho..., barrios de viviendas precarias, con grandes deficiencias sanitarias y urbanísticas, en los que se hacían los trabajadores sin cualificación y de escaso poder adquisitivo.

Por tanto, las tipologías de construcción reflejan un espacio jerarquizado, un caleidoscopio de piezas definidas, una melodía de voces en contrapunto.

¿Cuáles son los tonos de esta melodía?

La cadencia del tedeum de acción de gracias tras la superación de la epidemia de cólera de 1851, las risas y cuchicheos de las lavanderas en Los Barrancos, el imperceptible silbido del aire, cuando pasan las hojas de libros y periódicos en las bibliotecas de las sociedades científicas, el bronco zumbido de las sirenas de los barcos de vapor, el frufrú de las telas de seda en bailes y actos de sociedad, el traqueteo de tartanas, birlochos y carretas por calles y caminos, el acento inglés de las tertulias y reuniones de negocio, el bullicio en la manifestación que reclama la división provincial...

Disonancia de la ciudad de la Dictadura

Después de la Segunda Guerra Mundial la ciudad se constituye como un nuevo organismo. Comienza una etapa constructiva que genera grandes beneficios inmobiliarios y se consolidan nuevas actividades económicas: el desarrollo turístico de la playa de Las Canteras y del barrio de Santa Catalina, la actividad portuaria, comercial, pesquera e industrial del Puerto de La Luz, los servicios financieros y los negocios de exportación o de aprovisionamiento y distribución de productos, el mercado de la vivienda y de la construcción...

Desde 1945 a 1975 el ritmo de urbanización se vuelve trepidante y se produce un extraordinario crecimiento

demográfico, en correspondencia con una fuerte inmigración interna. Se densifica la trama urbana, se inicia la edificación de solares en la Avenida de Mesa y López y se ponen en marcha las obras de la Avenida Marítima.

En la periferia, tras el ensayo que representan las barriadas de Schamann y Escaleritas, como germen de la Ciudad Alta, las iniciativas pública y privada promueven, a través de entidades oficiales y de organismos financieros, polígonos de viviendas: Rehoyas, Arapiles, Chumberas, La Paterna, Miller, Parque Atlántico, Parque Central, Cruz de Piedra... Estas iniciativas también se desarrollan en el extremo sur de la ciudad con las urbanizaciones de Zárata, Hoya de la Plata, Casablanca, Pedro Hidalgo, El Lasso y Tres Palmas y aún más lejos, en Jinámar. Son procesos que se desenvuelven simultáneamente al despertar de las reivindicaciones ciudadanas.



Figura 6. Polígono de Jinámar (foto de C. J. Moreno Medina)



Figura 7. Polígono Cruz de Piedra (foto de C. J. Moreno Medina)

Además, en los espacios limítrofes de la antigua trama urbana, los terrenos agrícolas se convierten en un área discontinua y plurifuncional. En ellos se crean polígonos industriales: Las Torres, Miller..., se desarrollan proyectos de suburbanización residencial como los de Los Hoyos o Marzagán y procesos de parcelación y de urbanización irregular como los de Los Giles o Las Coloradas... En suma, frente a una ciudad central, se desenvuelve una periurbanización anárquica.

El desarrollo de esta ciudad, carente de cohesión territorial, se corresponde con el de una sociedad que se libera de las ataduras del pasado e intenta recuperar su protagonismo democrático. Su huella pervive con fuerza en la actual estructura urbana y genera ciertas disonancias que aún perciben nuestros sentidos.

¿Cuáles son sus acordes?

El retintín de los anuncios radiofónicos que se cuele a través de las ventanas de los talleres de costura, el estruendo de los barrenos que se utilizan para despejar los solares donde se levantan nuevas urbanizaciones, la algarabía de los niños que juegan en las plazas de los recién estrenados polígonos de vivienda, las inflexiones de voz de los turistas nórdicos y alemanes que se tuestan al sol de Las Canteras, el rítmico golpeteo de la moderna maquinaria de los astilleros, el grito de libertad, amnistía y estatuto de autonomía de la manifestación más multitudinaria de la transición democrática...

Ruidos en la ciudad de la crisis

La crisis urbana de fines de los años setenta originó una parálisis en el crecimiento ininterrumpido que había caracterizado a la aglomeración metropolitana de Las Palmas de Gran Canaria. La creciente conciencia de un “malestar urbano” derivado de la acumulación de problemas heredados como la congestión, el déficit de viviendas, la inseguridad, con otros nuevos como el desempleo o la recesión económica, hizo también disminuir el valor otorgado a la imagen de la gran ciudad y se desarrollaron propuestas desurbanizadoras entre amplias capas de la población.

Las viviendas unifamiliares, aisladas o adosadas y las grandes promociones inmobiliarias de baja calidad, en la periferia urbana y en núcleos rurales del entorno, contribuyeron a la difusión de la urbanización, al mismo tiempo que la ciudad consolidada languidecía. Estos

procesos coincidieron con el restablecimiento democrático y con la gestación de un importante movimiento vecinal, lo que sentó las bases de nuevas formas de gobierno.



Figura 8. Perspectiva de la ciudad (foto de C. J. Moreno Medina)

Cuando comenzaban a ensayarse distintas fórmulas para la revitalización urbana en Europa y Norteamérica, en nuestra ciudad se aprobaron también varios proyectos de reforma interior y dos planes de ordenación que la dotaron de nuevos ejes de centralidad, el más tímido, el de 1989 y el más ambicioso, el de 2001. Se calificó una importante superficie como zona de expansión en torno al eje del barranco de La Ballena, para resolver la conexión de la ciudad consolidada con los núcleos del antiguo municipio de San Lorenzo y se inició la construcción de grandes equipamientos comerciales, sanitarios y recreativos, y de la mayor obra de infraestructura

viaria de la historia urbana, el anillo de circunvalación que conforma hoy la frontera exterior de la ciudad.

Estas iniciativas de vindicación del protagonismo de Las Palmas de Gran Canaria se han mostrado ante los ojos de sus ciudadanos como un escenario en el que les ha resultado difícil ubicarse. Las grandes operaciones se han desarrollado en el seno de la controversia y la polémica y las nuevas pautas de consumo y los templos de ocio, en que han devenido los centros comerciales, han contribuido a que las perspectivas de conjunto se diluyan ante nuevas identidades, las que imponen los estándares de las firmas de moda, las cadenas de comida rápida, lo banal... o la defensa de lo más próximo.

No se ha recuperado la confianza en la gran ciudad. Sin embargo, los primitivos núcleos rurales y las barriadas de cierta antigüedad quieren construir su pequeña historia y los vecinos de los barrios de autoconstrucción o de las nuevas promociones inmobiliarias comienzan a declarar con orgullo su pertenencia a dichos barrios. La nostalgia, como mecanismo de preservación de antiguas formas de vida, se combina con la armonización que impone la globalización.

En este panorama, en que la conciencia ciudadana se fragmenta en las teselas del mosaico urbano, se hace necesario reconocer el latido de la gran ciudad.

¿Qué ruidos se mezclan con este latido?

El estridor del claxon de los coches en los atascos de circulación, el murmullo quedo de la persona que comunica con el teléfono de la esperanza en horas de soledad, el

estallido de voces que acompaña la celebración de los triunfos deportivos, el fraseo del castellano de los niños latinoamericanos que reciben formación en nuestras escuelas, la reverberación del sonido de los grandes conciertos al aire libre, el confuso runrún de música y conversaciones en las superficies comerciales, el clamor del No a la guerra de la manifestación que demanda el regreso de las tropas de Irak, la vocinglería de los debates espectáculo televisivos, la llamada de auxilio de la mujer maltratada...

Silencio para construir la ciudad del futuro

La ciudad del siglo XXI sigue concentrando el poder, la riqueza, la ciencia, la tecnología, la creatividad, las empresas más productivas, las instituciones generadoras de conocimiento, los puestos de trabajo más cualificados, las mejores instituciones educativas, los servicios de salud especializados y las entidades culturales de más alto nivel. Esta concentración permite procesos de sinergia y economías de escala que generan renta y oportunidades y están en la raíz del desarrollo y de la calidad de vida. Las Palmas de Gran Canaria no puede mantenerse ajena a este protagonismo, no puede quedar diluida en los distintos jirones de su tejido constructivo.

El espacio complejo en que ha devenido la ciudad, en el que se mezclan áreas construidas y eriales, industria y agricultura, servicios personales y sedes direccionales, ha de combinar la experiencia y la historia con la fragmentación social y con la multiculturalidad. Aunque resulte difícil establecer valores comunes y pautas de

comportamiento compartidas, hemos de apostar por la reurbanización de Las Palmas de Gran Canaria.

Se deben recuperar espacios para la vida, no como decorados de cartón piedra, sino como áreas dotadas de nuevas oportunidades, en las que se promuevan auténticos procesos de renovación y rehabilitación, ampliando y diversificando las actividades comerciales y de servicio, construyendo edificios de calidad para oficinas y viviendas, regenerando los ámbitos de ocio y cultura urbanos: una red de museos y de espacios para espectáculos. Estas actuaciones en áreas interiores deben formar parte, además, de políticas sociales que frenen la degeneración y la obsolescencia. El envejecimiento demográfico, la desestructuración familiar, el empobrecimiento de ciertos grupos sociales amenazan la cohesión social de aquellas barriadas en las que se suma la antigüedad de los inmuebles al escaso poder adquisitivo de sus moradores, lo que demanda propuestas imaginativas y urgentes. Al mismo tiempo, se hace necesario integrar a nuevos grupos, los que forman parte de las minorías foráneas que enriquecen la diversidad cultural de nuestra sociedad, una sociedad permeable y abierta que renace, aún más mestiza, en estos nuevos tiempos.



Figura 9. Perspectiva del centro histórico de la ciudad (foto de C. J. Moreno Medina)

A estos retos se añade la necesidad de adoptar pautas sostenibles en el medio ambiente, entre otras, la reducción de la contaminación y la mejora en la gestión de los espacios naturales, de los residuos y del transporte público.

No podemos dilatar los grandes cambios que requiere la gestión urbana. Hemos de lograr que Las Palmas de Gran Canaria se encamine hacia la competitividad, la equidad y la sostenibilidad. Una ciudad que se ha transformado a sí misma en infinidad de ocasiones debe ser capaz de superar estos desafíos. Intervenir en zonas urbanas deterioradas y dirigirlas hacia un nuevo destino, con un plan de trabajo integral, es la estrategia. Abrir opciones de desarrollo a los capitales privados es la oportunidad.

Recuperar la monumentalidad de la ciudad y convertir sus calles, plazas y parques en un verdadero espacio de integración social es la meta.

En este momento, cuando celebramos los 530 años de su fundación, nuestra ciudad puede servirse de la experiencia y de la historia para construir un futuro en el que pueda seguir manteniendo un papel destacado en el mundo, un papel determinante en la liberación de sus ciudadanos, a los que debe restaurar la dignidad y confianza en un espacio de reproducción de la vida. Y, para todo ello, proponemos el sonido del silencio, un silencio que ha de retornar después del estampido de los voladores con que celebramos el solsticio de verano.

Deseo de todo corazón que las fiestas fundacionales se puedan convertir en una catarsis que nos devuelva a la reflexión, a la conciencia de que somos ciudadanos de un nuevo mundo, Las Palmas de Gran Canaria del siglo XXI.

Muchas gracias por su atención